

Fundación y caída de Chan Santa Cruz*

Jorge González Durán

* Trabajo de ingreso a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y a la Sociedad Andrés Quintana Roo, presentado de manera virtual el 20 de enero de 2021.

Fundación y caída de Chan Santa Cruz

Noh Cah Santa Cruz Balam Nah (Chan Santa Cruz), fundada por los mayas insurrectos el quince de octubre de 1850, fue la capital y el santuario de un territorio indígena autónomo –controlaban gran parte de la región sudoriental de la península de Yucatán–, tenían un ejército, un gobierno teocrático militar, relaciones comerciales y políticas con la colonia inglesa, entonces de facto, de Belice, y una religión propia basada en el culto a la cruz parlante.

Defendieron su Pueblo Santo y el territorio bajo su dominio, a sangre y fuego por medio siglo. En la fundación y caída de Chan Santa Cruz, está el antecedente de lo que sería primero el Territorio Federal de Quintana Roo –decretado el 24 de noviembre de 1902– y luego su conversión a estado Libre y Soberano el 8 de octubre de 1974.

Bajo la conducción militar y política de Cecilio Chí y Jacinto Pat, los mayas iniciaron el 30 de julio de 1847 una guerra de liberación que incendió a toda la península de Yucatán. Un régimen colonial de tres siglos que pesaba sobre sus espaldas se cimbró hasta sus cimientos.

Las dos terceras partes de las poblaciones yucatecas resintieron los efectos de los combates. Se calcula que aproximadamente 250 mil personas murieron a causa de la guerra. Después de dos años de lucha, las tropas del gobierno yucateco recuperaron el control de casi toda la península.

Sin embargo, los mayas que no se rindieron, se replegaron a la zona sudoriental de la península y fundaron Chan Santa Cruz el 15 de octubre de 1850 convocados por tres pequeñas cruces grabadas en la corteza de un árbol de chico-zapote en la orilla de un cenote. Chan Santa Cruz se convirtió en la capital y santuario de los mayas rebeldes. Actualmente es la ciudad Felipe Carrillo Puerto, cabecera del municipio del mismo nombre, ubicado en el centro geográfico y espiritual de Quintana Roo.

Durante poco más de medio siglo, de 1850 a 1901, los mayas mantuvieron en Chan Santa Cruz un gobierno autónomo, y allí, en ese territorio sudoriental de la Península de Yucatán, la cultura maya tuvo un renacer. La lengua maya adquirió nuevo brillo, el culto a la cruz parlante fue el soporte de una resistencia que esculpió una identidad que ha sobrevivido a los naufragios del tiempo; tuvieron un ejército con una férrea disciplina y con una mística basada en la convicción de ser un pueblo elegido por las antiguas profecías para recuperar la grandeza maya destrozada por la conquista, gobernaban un amplio territorio y tuvieron sus propias relaciones comerciales con Inglaterra a través de Belice.

En la primavera de 1849, en Chanchén, cayó asesinado el comandante Cecilio Chí. Fue enterrado en Tepich, por ser el lugar de su nacimiento y la cuna de la rebelión. En septiembre del mismo año, fue abatido Jacinto Pat, en un paraje llamado Holchén, cerca de Bacalar.

Poco antes de su muerte, Jacinto Pat solicitó la mediación del gobierno inglés para poner fin a las hostilidades. Previa aceptación de las autoridades mexicanas, el 22 de noviembre de 1849, se celebraron las negociaciones en la bahía de la Ascensión. Venancio Pec encabezaba la delegación de los rebeldes, y por los ingleses asistió el coronel Francourt, superintendente de Belice. Por primera vez en el transcurso de la guerra, los mayas expusieron con claridad sus objetivos: no deseaban volver a pertenecer al Estado de Yucatán; aspiraban a formar un gobierno independiente y exigían una parte de la península “tirándose una línea entre Bacalar, hacia el Norte, hasta el Golfo de México, y quedar libres del pago de contribuciones del gobierno del Estado. Añadieron que por su parte no harían objeción ninguna a que los blancos residiesen dentro del territorio que pretendían obtener; pero que nunca consentirían en que éstos ejerciesen autoridad en el lugar en que residieran (2)”.

El gobierno se negó terminantemente a aceptar los planteamientos de los mayas; estos, por su parte, rechazaron los ofrecimientos de amnistía y se negaron a negociar.

Para entonces el escenario principal de la lucha ya se había trasladado a la región central del actual Estado de Quintana Roo, donde se encuentra el municipio de Felipe Carrillo Puerto. Al frente de los rebeldes estaban: Venancio Pec, Florentino Chan, José María Barrera, Crescencio Poot y Bonifacio Novelo.

Fundación de Chan Santa Cruz

...fueron conocidos en el resto de la Península con el nombre de “los sublevados de Chan Santa Cruz”, debido a que tenían como capital y santuario el sitio llamado Chan Santa Cruz.

Alfonso Villa Rojas

La fundación de Noh Cah Santa Cruz Balam Nah —Chan Santa Cruz— fue un acontecimiento decisivo en la historia de los mayas rebeldes. Su creación fue anticipada por un anuncio que pronto se convirtió en símbolo, en estandarte, en razón, en fuerza, en aliento vital, en amparo, en guía: las cruces parlantes. Ellas fortalecieron espiritualmente a los insumisos, ellas garantizaron la continuidad de la lucha de los mayas.

He aquí el sermón de la Santísima Cruz: “El quince del mes de octubre comencé a hablar y nací en este mundo en el año de 1850. Yo, Juan de la Cruz, vine a vivir al pueblo de X-Balám-Nah; yo, Juan de la Cruz, cuando vine era del pueblo de Xocen.”

Balám-Ná: Alfonso Villa Rojas dice que fue el nombre que se dio originalmente al primer oratorio que se construyó para la “Cruz que habla”, en torno del cual llegó a formarse el santuario de Chan Santa Cruz. Ralph Roys dice que Balám es un

término aplicado a los sacerdotes y oficiales de un pueblo. El de Balám-Ná, dice Villa Rojas podría interpretarse como “casa de los sacerdotes y jefes de pueblo”.

Los rebeldes labraron tres cruces de madera, se les vistió con huipiles bordados y se les construyó un adoratorio cerca del cenote. El ventrílocuo Manuel Nahuat transmitía sus mensajes: “continuar la guerra contra los blancos”.

El culto a la cruz parlante los unió alrededor de su santuario, y justificó una férrea disciplina y una rígida organización, sin las cuales no era posible mantener la guerra. Hofard F. Cline, en su nota preliminar al libro de Reed señala: “Y, a partir del culto de la Cruz Parlante, que apareció en los días más sombríos de la guerra, los mayas fueron creando su propia sociedad, nuevas síntesis de la cultura colonial española y de las antiguas de los mayas”.

En las cercanías de Chan Santa Cruz se fueron asentando los rebeldes, dando lugar al nacimiento de pequeños poblados fuertemente vinculados entre sí. Allí organizaron su vida económica, social, religiosa y militar. Nelson Reed dice: “Su mundo se centraba en Chan Santa Cruz. Entre su aldea y el santuario había una relación armoniosa y plena, que daba seguridad, autoridad y orientación religiosa. No había necesidad de mirar más allá de su territorio, salvo para buscar armas y municiones; para ello podía tratar con los ingleses en condiciones de igualdad”.

Revivieron sus ceremonias para invocar a las lluvias, para sembrar, para cosechar, para curar a sus enfermos. Ausente la mirada inquisidora de los curas católicos, se volvió a practicar la ceremonia del **fuego nuevo**, del chá chac y el simbólico acto del sembrar el árbol sagrado de la ceiba.

Luis Barjau expresa: “En este sentido, podemos decir que luchaban contra occidente los más auténticos mayas, que eran el espíritu de la cultura prehispánica la que tres siglos después tomaba las armas contra sus conquistadores, y las usaba tam-

bién con la ferocidad que guarda trescientos años de resentimiento. Ahora el maya luchaba contra la cultura opresora utilizando sus propios modelos armamentistas, el fusil y la pólvora; usaba el machete con el cual se obligó a trabajar a sus hermanos sobre los campos ardientes, para decapitar y mutilar a sus viejos enemigos...” (4).

La resistencia de Chan Santa Cruz

*Ha llegado la hora en que los indios pondrán el gavlán en las altas torres de la catedral de Mérida.
Juan de la Cruz Puc, Interprete de las cruces*

Remontados a la selva sudoriental, los mayas resistían los ataques de las fuerzas estatales y federales. El presidente de la República, general José Joaquín Herrera, el 1º de enero de 1851, refiriéndose a la situación imperante de la Península de Yucatán, expresó: “... se logró confinar a los indios a la parte más meridional del estado, reduciéndolos a casi estar a la defensiva, de manera que hoy en las principales poblaciones se puede vivir con tranquilidad. Como, sin embargo, la pacificación completa aún no ha podido verificarse, y la naturaleza de esta sublevación es de tan grande trascendencia, y no puede menos de recomendar eficazmente al cuerpo legislativo fije fuertemente su atención en lo que pasa en esta parte remota de nuestro territorio, y que haga cuantos esfuerzos sean posibles para sofocar un mal que momentáneamente pudiera con su ejemplo, afligir en gran manera a toda la República”.

El 3 de enero los indígenas sorprendieron a las tropas yucatecas en Kampocolché, logrando ocupar la población por breve tiempo hasta que una poderosa contraofensiva los obligó a abandonarla. El gobierno de Yucatán tenía una obsesión: aniquilar el santuario de los rebeldes. La primera incursión contra Chan San-

ta Cruz fue dirigida por el coronel Juan María Novelo, al mando de 220 hombres. En la batalla, murió el ventrilocuo Manuel Nahuat. El 28 de marzo, Venancio Pec ordenó el asedio de Bacalar, pero no pudo desalojar a la guarnición de ese poblado de gran importancia militar y comercial. El 3 de mayo, la capital de los indígenas sufrió un ataque comandado por el coronel Pablo Antonio González. A pesar de que estaban celebrando una fiesta de honor de las cruces, los indígenas opusieron tenaz resistencia y las fuerzas enemigas se vieron obligadas a retirarse. Muchas veces devastada e incendiada, la heroica Chan Santa Cruz era reconstruida de nuevo por los indios.

En agosto de 1851, por intervención personal del Sr. Modesto Méndez, corregidor del Petén, Guatemala, los indígenas de Chichanhá firmaron un tratado en el que aceptaban someterse al gobierno del Estado de Yucatán. Un mes después, José María Barrera destruyó los tratados, incendió el pueblo que se había rendido y apresó a sus jefes.

El 21 de febrero de 1852, el general Rómulo Díaz de la Vega llegó con su ejército a Kampocolché, donde fue atacado varias veces por los mayas. El 24 del mismo mes ocupó Chan Santa Cruz, que poco antes había sido abandonado por los mayas, para dar la batalla desde la espesura, sitiando y diezmado a sus agresores. Díaz de la Vega reunió a los indígenas que había capturado y delante de ellos ordenó derribar el árbol de caoba en que aparecieron las primeras cruces. Con esta acción, pretendía haber acabado definitivamente con el santuario. Hostilizados día y noche, los soldados se encaminaron a Bacalar, pasando por Petcacab a principios de marzo. Cuando los invasores se fueron, los mayas retornaron a Chan Santa Cruz, en cuyo derredor se fueron creando aldeas, sembrando sus milpas siempre en vigilia.

El 17 de marzo de 1852, una expedición al mando del coronel José María Novelo, que conocía muy bien la zona controlada por los mayas rebeldes penetró sorpresivamente en Chan Santa Cruz. En el combate murieron los jefes indígenas Calixto Yam y

Venancio Pec. Venancio Pec fue digno sucesor de Cecilio Chí y Jacinto Pat.

El fundador de Chan Santa Cruz, José María Barrera, murió el 31 de diciembre de 1852 en el poblado de Yokdzonot.

El 10 de abril de 1854 Chan Santa Cruz sufrió una nueva invasión de las fuerzas gubernamentales comandadas por el teniente coronel Lázaro Ruz. En esta ocasión la ocupación del santuario solo duró cuatro días, pues los soldados no resistieron el incesante acoso de los indígenas.

El 26 de mayo del mismo año, fue ocupada, otra vez, pero los mayas habían envenenado un pozo arrojando en su interior ropas de las víctimas del cólera. Las aguas envenenadas mataron a centenares de sedientos soldados. Los sobrevivientes abandonaron de prisa Chan Santa Cruz. En su huida, murieron de la enfermedad contraída los tenientes coroneles Lázaro Ruz y José Ma. Vergara. En el mes de noviembre, el coronel Pablo Antonio Gonzales pudo llegar a la capital de los rebeldes, pero solo encontró cadáveres en putrefacción, aunque el lugar ya se había transformado. El historiador Serapio Baqueiro describe: “En el amplio recinto de su plaza destacaba una iglesia de treinta varas de largo y doce de ancho, formada de muy buena madera y cobijada de guanos bien escogidos, y además con unas verjas en los constados que la embellecían. Por todas partes, se levantaban numerosas casas particulares, amplios galerones, que servían de cuarteles, y fuertes atrincheramientos” (5).

Tan solo en 1855, murieron en el campo de batalla más de mil elementos del ejército de Yucatán que intentaron recuperar el territorio de la cruz parlante.

El 14 de septiembre de 1857 miles de indígenas encabezados por Crescencio Poot, se apoderaron de Tekax, obtuvieron un cuantioso botín, destruyeron muchas casas y dieron muerte a cientos de personas. El 21 de febrero de 1858, fue recuperada la plaza de Bacalar por un numeroso contingente de indios al mando de Venancio Puc.

En 1858, el aspecto de Chan Santa Cruz era diferente. Ya tenía una iglesia de mampostería de 30 metros de largo y 18 de ancho y doce de altura. Era el Balam Nah: “la casa oculta”, como lo traduce el eminente mayista, don Alfredo Barrera Vásquez. El edificio tiene cinco contrafuertes en cada lado, con una bóveda de concreto. Es una iglesia que lleva el sello austero y sobrio de sus constructores.

Chan Santa Cruz era para los rebeldes Noh Cah Santa Cruz Balam Nah: el pueblo grande de la santísima en la casa de los sacerdotes, en la casa oculta, en la casa del misterio.

En 1859, el gobierno de Yucatán comenzó a organizar una poderosa expedición militar para someter a los rebeldes. Se compraron pertrechos de guerra a los Estados Unidos para 4,000 soldados. El 2 de enero de 1860, salieron de Valladolid cerca de 3,000 soldados al mando del coronel Pedro Acereto y de su lugarteniente el coronel Narciso Virgillo. Los invasores llegaron a Tihosuco el 4 del citado mes y después de atravesar Telá, Dzonot, Nohpop y Chinkik, el día 11, entraron a sangre y fuego al santuario de los mayas.

“Admiró desde luego a los antiguos soldados de la guerra social el cambio que se había obrado en Chan Santa Cruz. Aquello no era ya el aduar de una tribu salvaje, sino una población en forma que tenía cierta semejanza con las de segundo o tercer orden de la península. Las calles eran anchas y perfectamente alineadas; se habían construido algunas casas descollaban las que en el país se llaman ripios: en la gran plaza se erguía un templo esbelto y majestuoso, próximo a su conclusión, y más allá aparecían dos amplios edificios de piedra adornados por fuera y por dentro con vistosos portales. Se habían abierto por último algunos pozos públicos, que provenían de agua fresca y abundante a la población” (8).

Apenas se posesionaron de Chan Santa Cruz, las tropas de Acereto entraron en acción las guerrillas indígenas. De improviso, cientos de guerreros mayas caían sobre los campamentos del ejér-

cito expedicionario, asestándoles numerosas bajas y desmoraliando a la tropa. En Xumantunich, Nohih, Xtinta, Chanlaguna, etc., surgían vengativos machetes y certeros fúsiles. Encerrados en Chan Santa Cruz, los soldados invasores veían surgir de la selva inesperadas emboscadas. Don Eligio Ancona explica: “El indio huye de dejarse encerrar en una población por grandes elementos de defensa que tenga. Su elemento natural es el bosque, en cuya espesura se guarece para huir a mansalva de su enemigo, y en donde tiene campo abierto para escabullirse o huir cuando arrecia el peligro. Su estrategia principal consiste en encerrar a los contrarios para convertirse él en sitiador. Por eso, les facilita la entrada para imposibilitarle o dificultarles luego la salida” (9).

La táctica de los guerreros mayas dio eficaz resultado. El general Crescencio Poot acumuló una victoria más a su carrera. Perseguidas sin tregua, las tropas del gobierno decidieron abandonar la capital de los rebeldes. En Mérida, causó conmoción el rotundo fracaso: más de dos mil soldados muertos, miles de armas capturadas por los mayas. Alentados por su triunfo, los soldados de la cruz incursionaron por toda la franja que delimitaba el mundo de los blancos.

La frontera con la zona controlada por los rebeldes quedó deshabitada por completo: pueblos solitarios y en ruinas rodeaban el territorio dominado por los mayas. Ichmul, Saban, Sacalaca, Tihosuco y Xcabil eran solo casas derruidas, iglesias incendiadas. Los indígenas habían rechazado todas las incursiones de los blancos.

Las autoridades británicas de Belice comisionaron al teniente Twigg y al subteniente Plumridge para entregar una carta al *nohoch tat* de Chan Santa Cruz, Venancio Puc, en la que el superintendente de Belice protestaba por las constantes incursiones de indígenas beligerantes de su territorio. El 6 de marzo de 1861, partieron de Belice los comisionados, quienes después de cruzar la laguna de Bacalar, llegaron a Santa Cruz Chico y siguieron su

rumbo pernoctando en Chan Cah Derrepente y Santa Clara. Venancio Puc no prestó mayor atención a las quejas de los ingleses y aprovechó la ocasión para que delante de la Cruz parlante se comprometieran, a través de su interprete, a vender mil barriles de pólvora.

En el campo de los rebeldes de Chan Santa Cruz, el *tatich* ya era Dionisio Zapata Santos, pero, al poco tiempo, fue depuesto por Bonifacio Novelo y Crescencio Poot por pretender entablar pláticas de paz con las autoridades yucatecas.

El gobierno de Maximiliano envió a Yucatán un numeroso ejército para aplastar a los mayas. Pero los indios se impusieron a las fuerzas del imperio. El 3 de agosto de 1866, emboscaron a un grupo de 200 soldados, aniquilando a 85. El 15 de septiembre, lanzaron un demoledor ataque sobre Tihosuco, causándole numerosas bajas al enemigo. Por estas fechas, llegaron a los dominios de la Cruz decenas de chinos, debido a las rudas condiciones de trabajo en los campamentos madereros de Belice, donde fueron originalmente contratados.

En enero de 1871, una fuerza expedicionaria de casi 1500 soldados yucatecos penetró en la región de los mayas rebeldes; sin embargo, sólo pudieron llegar hasta el poblado de Chumpón, en donde fueron recibidos con ininterrumpidas descargas de fusilería.

El 23 de marzo de 1878, el licenciado Ignacio L. Vallarta, secretario de relaciones exteriores, dirigió una nota al ministro de negocios extranjeros de Gran Bretaña, reclamando jurídica e históricamente los derechos de México sobre Belice. En un párrafo dice: “México, por lo tanto, no reconocerá como válido hecho o compromiso alguno de los indios, ya de Chan Santa Cruz, ya de Icaiché...”.

Los rebeldes de Chan Santa Cruz tuvieron algunos años de relativa tranquilidad. Su unidad había frustrado todos los intentos de dominarlos. Sin embargo, en las esferas gubernamentales del país, se elaboraban planes para darles el golpe defini-

tivo. Además, los latifundistas acariciaban la idea de repartirse explotar las cuantiosas riquezas forestales de esta región.

En 1884, el *nohoch tat* Crescencio Poot se mostró dispuesto a efectuar negociaciones con el gobierno de Yucatán para concertar la paz. Pero el tratado firmado en Belice por delegados de Chan Santa Cruz y funcionarios yucatecos el 11 de enero de 1884 no surtió ningún efecto, porque fue rechazado por los indígenas. En 1885, Aniceto Dzul derrocó a Crescencio Poot, y se convirtió en nuevo *tatich*. El poder de la Cruz estaba a punto de resquebrajarse; en algunos dirigentes había sombras de incertidumbre. Aniceto Dzul vivía en San Pedro, su pueblo, y el general Román Pec permanecía en Chunox.

En Tulum, una sacerdotisa, María Huicab, promovía el culto a una nueva cruz. Desde Tulum, María Huicab ejerció una poderosa influencia para fortalecer el culto a la Cruz y para mantener la resistencia armada.

Aniceto Dzul solicitó en 1887 la protección británica, pero su propuesta fue rechazada. A la muerte de este jefe, le sucedió Ramón Pec en el cargo. En un sermón de 1887, la Cruz recomendaba no caer en la tentación de mezclarse con el odiado enemigo. Que ella nunca los abandonaría, que no serían derrotados. Ordenó cincuenta azotes para los titubeantes y fueron fusilados algunos jefes que presuntamente estaban en contacto con el gobierno para arreglar la paz.

Los invictos recordaban la palabra de la santísima: “El enemigo nunca ganará, solamente las cruces podrán ganar, por esta razón mis amados hijos, nunca abandonaré a ustedes al enemigo; yo mismo les acompañaré”.

El cerco final

Porfirio Díaz asumió directamente el mando de las operaciones para dominar a los insurrectos de Noh Cah Santa Cruz Ba-

lam Nah. En marzo de 1887, envió al general Octavio Rosado, uno de los militares de su mayor confianza, a explorar la costa oriental de la península. El informe que el general Rosado le envió al dictador es por demás elocuente; primero le informó de lo que observó en Cozumel: “Cozumel es un puerto adecuado para depósito de fuerza, materiales de guerra y establecimiento de hospitales, poniendo allí los buques refrescar víveres, pues hay ganado vacuno y de cerda bastante caza y pesca; distintos cereales producen en sus feraces tierras, así como el tabaco, henequén, caña de azúcar, vainilla, legumbres, frutas en abundancia, etc., y es indudable el beneficio que reportaría todas aquellas comarcas con la fundación y apertura de puertos que serían veneras de riqueza para el tráfico de exportación que desde luego se iniciaría. Hay también en Cozumel agua potable de excelente calidad y la caña es abundantísima, no careciendo en consecuencia de elementos para ser lo que dejo indicado en caso de que el gobierno se resolviese a emprender la guerra de castas en cualquiera época. Una circunstancia no debe pasar desapercibida y es que Cozumel se encuentra distante del puerto de Tulum como unas nueve leguas y dicho último punto está en posición de los indios rebeldes, donde hay una guardia de exploración y vigilancia”.

Posteriormente, el general Rosado viajó a Belice y la información que recogió le dio un panorama de las fuerzas rebeldes: “Llegué pues, a Belice, el día 3 de marzo, bajando a tierra el 4 del mismo. La acogida que allí se me dispuso por todos los habitantes mexicanos y extranjeros fue cordial y tuve el gusto de ampliar y comprobar las referencias ya indicadas, todos convienen en que Bacalar se halla ocupado por los indios rebeldes, quienes tienen en aquel puerto una guarnición cuyo número fluctúa de cien a doscientos hombres, que no hay cortes de madera establecidas permanentemente por extranjeros, aunque éstos, sin embargo, tienen por esa parte relaciones comerciales con los sublevados, constituyendo así la bahía de Bacalar

o Chetumal, como más propiamente se le llama, un puerto vigilar de importancia suma y que convienen cuidar bajo todos conceptos”.

En una síntesis de su viaje de exploración, el general Rosado le informa a Díaz: “Los elementos en general de los indios sustraídos a la obediencia del gobierno se pueden precisar de un modo casi absolutamente exacto. Tres zonas rebeldes hay en el campo y son por orden Chan Santa Cruz, Tulum y Bacalar, comprendiendo una población de 14,000 a 16,000 habitantes, de los cuales pueden ponerse en pie de guerra de cinco a seis mil hombres, no todos armados, siendo el armamento de percusión y antiguo sistema inglés, contando con pocas municiones y no de la mejor calidad, pues de las destinadas a la caza son de las que se proveen”.

El general Rosado descubrió “los tesoros” del oriente de la península y despertó la ambición de don Porfirio y de sus amigos: “Pude observar la riqueza y feracidad de la costa este de Yucatán, en donde se encuentran bosques que por su naturaleza ofrecen ancho campo a la industria y a la explotación, pudiéndose decir que allí hay tesoros que pueden recogerse fácilmente con solo explotar el miraguano (*Ceiba pentandra*) y las maderas preciosas que son abundantísimas”.

Dos años después de este informe encargado personalmente por el presidente Díaz, el 28 de octubre de 1889, la Secretaría de Fomento le otorgó a Faustino Martínez 241 mil hectáreas para explotaciones agrícolas y forestales. Martínez creó, en 1896, la Compañía Colonizadora de la Costa Oriental de Yucatán para deslindar 723 mil hectáreas, prácticamente casi todo el norte de lo que hoy es el estado de Quintana Roo.

El 8 de julio de 1893 se firmó el Tratado Mariscal-Spencer, que fijó los límites entre nuestro país y la colonia inglesa de Belice. El artículo segundo de dicho documento prohibió el comercio de armas con los mayas rebeldes: “La República Mexicana y Su Majestad Británica con el fin de facilitar la pa-

cificación de las tribus indias que viven cerca de las fronteras de México y Honduras Británica, y para prevenir cualquiera futura insurrección entre las mismas, convienen en prohibir de una manera eficaz a sus ciudadanos o súbditos y a los habitantes de sus respectivos dominios, el que proporcionen armas o municiones a esas tribus indias”.

En 1895 el presidente Porfirio Díaz le encargó a Manuel José Sierra Méndez la investigación y la elaboración de varios proyectos relativos al futuro de la región oriental peninsular. Sierra Méndez le plantea a Porfirio Díaz la conveniencia de crear un territorio federal.

El tratado de límites era el primer paso para cercar a los rebeldes, cortándoles los suministros de armas. En 1895, el general Felipe Yamá se convirtió en *nohoch tat*.

El gobierno federal y el estado de Yucatán reunieron recursos para iniciar una nueva expedición para ocupar Chan Santa Cruz. Con este propósito el general Lorenzo García, jefe de la zona militar de Yucatán, al mando de dos batallones y tres compañías de guardias nacionales, comenzó a avanzar en 1895, pero solo pudo llegar a Dzonotchel. En un año, recorrió 20 kilómetros después de Peto, que en ese entonces era la última ciudad del sur dominada por el gobierno. Esta tentativa de penetrar al territorio rebelde se suspendió temporalmente en 1896.

En Chan Santa Cruz los indígenas se preparaban para resistir, pero había un aire perturbado el presidente de la Cámara de Diputados de Yucatán, al contestar el informe del gobernador el 1º de enero de 1898, dijo: “La guerra que piensa iniciarse de nuevo contra los indios sublevados que ocupan la parte más rica de la Península de Yucatán y que hace cincuenta años están sustraídos por completo de nuestras leyes benéficas y de nuestras autoridades establecidas; que destruyeron e incendiaron las dos terceras partes de nuestras poblaciones

rústicas y urbanas y que asesinaron cruelmente a sus habitantes, es en las actuales circunstancias el punto más culminante de todos los asuntos públicos que se presentan a nuestra sociedad (10)”.

El 3 de febrero de 1898 el presidente de la Cámara de Diputados de Yucatán, al contestar el discurso del nuevo gobernador, general Francisco Cantón, expresó: “La más halagüeña promesa que hemos escuchado de vuestros labios, es la esperanza que abrigáis de que en el periodo constitucional, que hoy comienza, pueda concluirse la guerra social que hace medio siglo sostenemos contra las hordas salvajes de Chan Santa Cruz. El día que termine esa guerra será memorable en nuestra historia...(11)”.

El año de 1898 se reinició la campaña contra los mayas. En marzo, llegó el coronel Juvencio Robles —que años más tarde combatiría a los zapatistas en Morelos—, con cientos de soldados y obreros para abrir caminos y construir barricadas.

Entre los jefes indígenas ya se había debilitado el poder central del *tatich*; divididos por rivalidades internas, diezmados por epidemias, con armamentos insuficientes y anticuados, se preparaban para resistir. Felipe May ascendió a general de playa en 1899.

El general José María de la Vega ya había desembarcado sus tropas en la costa oriental de la península. Construyó el campamento “General Vega” en la Bahía de la Ascensión, se fortificó en el puerto de Xcalak e inicio la apertura del canal Zaragoza.

Asimismo, para vigilar el cumplimiento del Tratado de 1893 y para evitar el contrabando de maderas preciosas a través del Río Hondo, el Gobierno Federal ordenó construir el pontón Chetumal, cuyo comandante era el oficial Othón P. Blanco. El 22 de enero de 1898, ancló en la Bahía de Chetumal. El cinco de mayo de ese mismo año se fundó Payo Obispo, que años más tarde se transformó en la ciudad de Chetumal, capital del Estado de Quintana Roo. Othón P. Blanco recorrió el Río Hondo, llegó hasta la al-

dea de Icaiché y después, disfrazado de comerciante, inspeccionó la laguna de Bacalar, tomando nota de todo y levantando planos. Pudo palpar las débiles defensas de los indios. Todos se estaban concentrando en Chan Santa Cruz, preparándose a defender — por última vez— su capital y su santuario. En octubre de 1899, el general Ignacio Bravo se hizo cargo de la campaña para conquistar el territorio de los rebeldes.

Ignacio Bravo, de setenta años, muy cercano al presidente Díaz, venía con la intención de poner fin a una guerra que ya llevaba más de cincuenta años. Tenía a su mando cuatro batallones federales —el 1º, 6º, 22º y 28º— y varias compañías de guardias nacionales. Construyó fortificaciones en Ichmul, Balché y Okop —Yokop le llaman a los indígenas de la región—. Los zapadores fueron avanzando trabajosamente a través de la tupida selva. El objetivo era abrir un camino de Peto a Chan Santa Cruz, por donde se pudiese extender una vía férrea hasta este último lugar con el proyecto de prolongarla hasta el mar Caribe.

Las fuerzas federales utilizaban modernas piezas de artillería de tiro rápido y otros pertrechos de guerra comprados especialmente en Europa. El general Bravo, que en 1913 sería derrotado en Torreón por Francisco Villa, tenía como subordinados al entonces capitán Aureliano Blanquet, quien ocuparía el Ministerio de Guerra durante el gobierno Victoriano Huerta, que también estuvo a las órdenes del general Bravo en la campaña para ocupar Chan Santa Cruz.

El ejército maya —cuyo número se había reducido a mil quinientos aproximadamente— tendían emboscadas a las tropas federales y por todos los medios trataban de cerrarle el paso. Bravo avanzó de Okop a Santa María, y después de sostener dos combates sus tropas llegaron a Hobompich, incendiando el poblado y asesinando a mujeres, ancianos y niños que no pudieron escapar. Detrás de sus barricadas, que eran implacablemente desmoronadas por el tupido fuego de la artillería enemiga, los indígenas intentaban hacerlos retroceder, detenerlos, obstaculizarlos.

Después de Hobompich, los expedicionarios se posesionaron de Tabi. De allí a Nohpop —un tramo de 17 kilómetros— se registraron veintidós encuentros, los más sangrientos de la campaña.

En la penumbra de la iglesia de Noh Cah, Santa Cruz Balam Nah agonizaba el último eco de las plegarias cuando dieron la orden de abandonar la ciudad sagrada.

Era un mundo desamparado en busca de refugio para sus cruces.

El tres de mayo de 1901 los soldados federales penetraron en el legendario recinto sagrado de los mayas. Pero sólo encontraron una ciudad vacía y silenciosa.

Con desfiles, fiestas y misas celebraron en Mérida la ocupación militar de Chan Santa Cruz, y el general Bravo recibió condecoraciones, fue declarado “ciudadano yucateco” y Chan Santa Cruz en adelante se llamaría: Santa Cruz de Bravo.

El 31 de marzo de ese mismo año, el contraalmirante Ángel Ortiz Monasterio se había posesionado de Bacalar sin hacer un solo disparo; también estaba abandonado. A partir de entonces este poblado se llamó Bacalar de Cetina. El último general de plaza, Felipe May, fue asesinado en abril de 1901, por pretender negociar con las fuerzas expedicionarias. Y mientras el gobernador de Yucatán, general Francisco Cantón, hacía una visita en Chan Santa Cruz para condecorar a Bravo, los mayas se escondían en la selva con sus cruces. Unos se dirigieron Chumpón, a Xcocal Guardia y a Chan Cah Veracruz.

El 23 de septiembre de 1901 Bernardo Reyes, secretario de guerra y marina por instrucciones del presidente Porfirio Díaz, presentó al secretario de gobernación, el proyecto para crear un territorio federal en la parte sudoriental de la península de Yucatán.

El 24 de noviembre de 1902 se creó el Territorio Federal de Quintana Roo, que el 8 de octubre de 1974 se convertiría en estado libre y soberano.

Del 15 de octubre de 1885 al 3 de mayo de 1901, Noh Cah Santa Cruz Balam Nah —Chan Santa Cruz— fue la capital del

único estado independiente indígena que existió en nuestro continente por tanto tiempo. Es una utopía que renace en la memoria del tiempo.

NOTAS

1. Serapio Baqueiro Preve, *Ensayo Histórico sobre las Revoluciones de Yucatán desde el año de 1840 hasta 1864*. T. 1 P. 11.
2. Eligio Ancona, *Historia de Yucatán*, t. IV, p. 200
3. Eligio Ancona, *ob cit.* p. 208.
4. Luis Barjau, *El concepto casta y la guerra de Yucatán*, revista Nueva Antropología, Núm. 1, pp 70-71.
5. Citado por Ancona. *ob. cit.* p. 253.
6. Jose González Aviles, *Stephens y el pirata Molas*, p. 18.
7. Felipe Nery Vila Zapata, *El general Francisco May, último jefe de las tribus mayas*, p. 27.
8. Ancona, *ob. ct.* p. 377.
9. Idem.
10. Diario Oficial del Gobierno del Estado de Yucatán. Enero 2 de 1898.
11. Ibidem, 4 de febrero de 1898.
12. Testimonio del sargento Paulino Yamá, entrevistado por el autor.